

Leg 16 paquete 2 — 50

50
52
1316

CERVANTES.

DISCURSO

LEIDO

EN LA SESION CERVANTÍSTICA DE VALLADOLID

EL DIA 23 DE ABRIL DE 1876,

260 ANIVERSARIO

DE LA

MUERTE DE CERVANTES,

POR

D. SEBASTIAN DIEZ DE SALCEDO,

Abogado del Ilustre Colegio de dicha ciudad.

VALLADOLID.

Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodriguez.

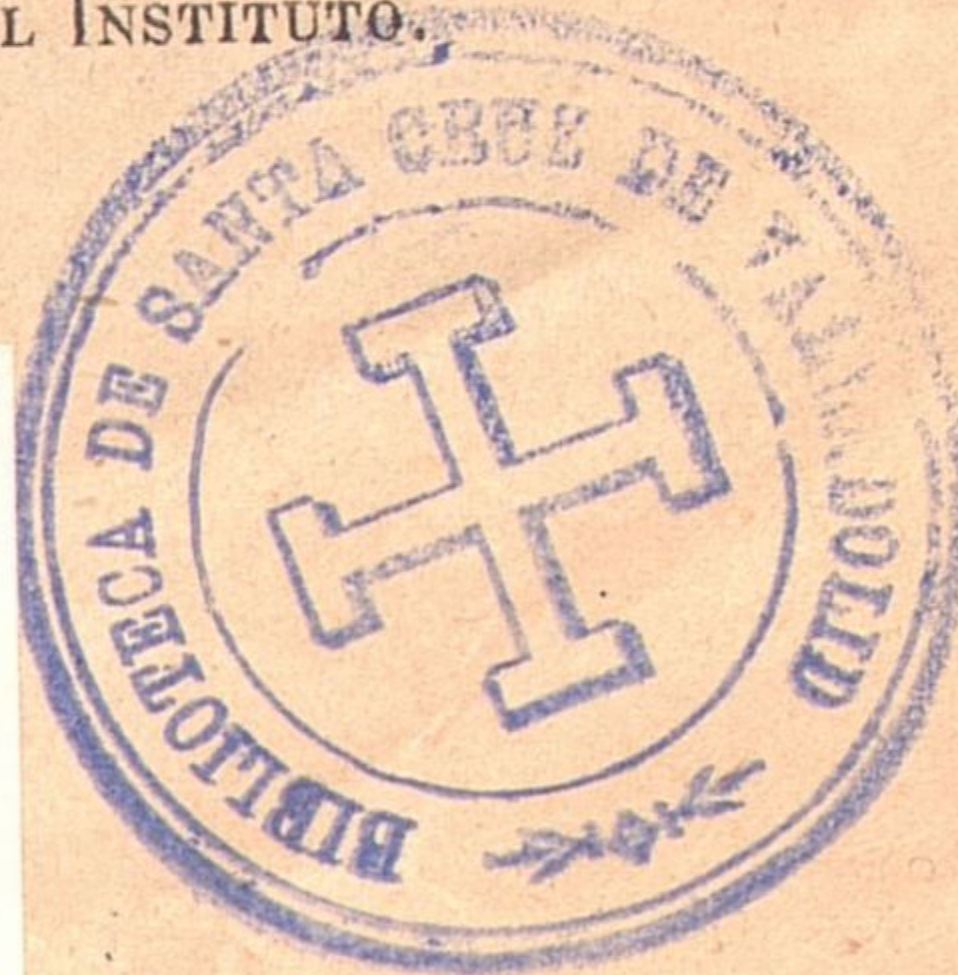
LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

1876.

HTCA
U/Bc LEG 16-2 n°1316



1>0 0 0 0 5 9 6 4 1 6



UVA. BHSC. LEG 16-2- n°1316

CERVANTES

DISCORSO

DE

LA VIDA DE CERVANTES

DE LA VIDA DE CERVANTES

DE LA VIDA DE CERVANTES

DE LA

MUERTA DE CERVANTES

FOR

LA VIDA DE CERVANTES

LA VIDA DE CERVANTES

1876

CERVANTES.

¡Qué dulce es la vida! Señores. ¡Qué terror produce generalmente en la naturaleza humana la idea de la muerte! Cuantos esfuerzos hace el hombre, cuanto su rica imaginacion inventa ó perfecciona, todo tiende á la conservacion de la primera y á alargar el plazo fatal, inevitable y temeroso en que ha de sobrevenir la segunda. No es extraño, por lo mismo, que el amor de la vida sea el sentimiento mayor que conmueva, inspire, agite y atormenta el corazon de los hombres; y no es extraño que el temor á la muerte sea el sentimiento que no haya podido acallar la impiedad trocando las palabras, adulterando las ideas y llamando á la muerte *el no ser*, á la mansion de la muerte, *la soledad del sepulcro*, y al sueño transitorio, *el sueño de la eternidad*.

La ceremonia actual que celebra vuestra ilustracion, señores, y en la que toma parte, no sé si mi aficion á las letras, ó mi curiosidad, ó el cumplimiento de un deber, nos prueba la imperfeccion de ese lenguaje moderno que ha adulterado, pervirtiéndole, el enérgico lenguaje de los poetas, y nos confirma la inexactitud de esas ideas que, sin quererlo acaso, entrañan toda la trascendencia de una rebelion contra Dios. Si la muerte es *el no ser*, ¿cómo Cervantes, cu-

yo sepulcro se abrió hoy hace 260 años, no al mismo tiempo ó en el mismo día, sino poco despues que el de otro gran poeta, gloria y corona de la nacion británica, está entre vosotros? Si aquel sepulcro es la *soledad*, ¿por qué el espíritu de esa nada que le ocupa dá vigor á vuestros pensamientos, ideas á vuestras concepciones y entusiasmo á vuestro corazon? Si Cervantes *duerme* el sueño de la eternidad, ¿por qué despierta vuestras inspiraciones?

Porque la muerte no es el principio del no ser, ó por mejor decir la conclusion de la existencia; y porque el sepulcro no es otra cosa que la puerta de una nueva vida; de una vida superior, mas duradera y mas amable que la efímera y corporal que en él se interrumpe; la vida de la posteridad, la vida de la gloria, la vida de la muerte.

¡Dichoso el hombre que como Cervantes la logra!
¡Dichosa la pátria que como España tiene un Cervantes!

Desconocido, casi, en su tiempo; abandonado por la fortuna; perseguido, tal vez, por la suerte; esclavo del trabajo; soldado de la pátria; vilipendiado por la envidia, sabeis lo que sufrió; mil veces habeis oido relatar sus pesares, y otras mil y mas os habeis consolado de sus desgracias. Yo doy gracias á Dios por los sufrimientos, por las contrariedades y por las miserias de Cervantes.

Sin ellas, Valladolid no hubiera tenido la gloria de que bajo este humilde techo se hubieran levantado las gigantescas inspiraciones de su génio inmortal; España no tendria la prez de ser la pátria de tan ilustre patricio, que ha llenado despues el mundo; y el mundo y la literatura hubieran carecido de Don Quijote.

¡Gracias á Dios, Señores, por los trabajos y por las miserias de Cervantes!

Nacido de familia hidalga, aunque decaida de su antiguo esplendor, su mermada fortuna y la necesidad

de atender al sostenimiento de su esposa é hija, le obligaron á dedicarse á la industria de escribir, que aunque era entonces mas difícil y al propio tiempo menos lucrativa que en la presente época, fué verdadera causa de que nuestro ingenio no hubiese continuado en otras profesiones de mas lustre y de mas seductor porvenir, aunque no para él mas afortunadas.

¡Tan cierto es que la falta de las riquezas suele ser ocasion de atesorar los dones del entendimiento, y que de la fuente del trabajo se forman las serenas corrientes de las glorias pátrias y de la celebridad!

No os entretendré con la relacion de su vida; que sabeis; y únicamente me permitiré llamar vuestra atencion sobre dos circunstancias especiales de ella.

Generalmente se ha examinado á Cervantes como soldado, como poeta y novelista, y ciertamente que no hay corona mejor que la suya lograda por estos caminos difíciles, y muchas veces estraviados, de la literatura. Pero yo le admiro mas como filósofo y como católico.

Muéveme á presentárosle bajo estos dos conceptos la circunstancia de que en esta época que á nosotros nos ha correspondido en el libro de la humanidad, tanto se enturbian las aguas del saber con las inmundicias del error, y tanto se injuria á ese sentimiento que fué el fuego purificador de las ideas y de los pensamientos que han hecho inmortal á nuestro héroe y sin los cuales no hubiera dado ocasion á congregarnos en este sitio.

No se escribe solo la filosofía en los libros encaminados única y exclusivamente á descubrir las sendas de la verdad, tratando científicamente las cuestiones que envuelven á la pobre inteligencia humana como en una atmósfera insoportable de duda y de vacilación; sino que tambien se hace en aquellos otros que teniendo por principal objeto entretener, enseñan con las dulces invenciones de la fábula; y no necesito

encareceros lo que enseñó Miguel de Cervantes con sus obras.

Estraviada la literatura, erradas estaban las inteligencias, en un tiempo en que se iniciaba una época de controversia y de discusion, que por desgracia no ha terminado en los trescientos años que casi han transcurrido; y por mas que infinitos pasajes pudiera entresacar de las obras del inmortal génio, creo mas oportuno recordaros lo que há tiempo os ha enseñado una de las mejor cortadas plumas de nuestros dias. Hablando de la causa que á Cervantes hubiese podido mover á escribir su *Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, y no adoptando como tales las que han admitido otros escritores menos discretos, dice:

«..... el fin, la verdadera intencion de la obra fué mas alta, fué eminentemente moral. La lectura de los libros llamados de Caballería, epopeyas informes y desatinadas que traian su origen de la ruda ignorancia de la edad media, tenian trastornadas muchas cabezas. Era grande en todas las clases la aficion á su lectura, que lejos de elevar los sentimientos y de ilustrar á la sociedad, contribuia poderosamente á fomentar la credulidad y la supersticion, á confundir el valor racional con la antojadiza temeridad, á inspirar ideas equivocadas sobre los deberes del hombre, y aun á corromper las costumbres, dando lugar á quimeras y locos devaneos, de que se seguian graves daños tanto á las familias como á la república. Todas las representaciones de las Córtes del reino, todas las disposiciones del gobierno, todo el esfuerzo de los hombres eminentes, que como Luis Vives, Alejo Venegas, Benito Arias Montiano y otros, habian declamado contra tales libros, no hubieran logrado desterrarlos, si Cervantes, echando mano de la irresistible arma del ridículo, que tan diestramente manejaba, no les hubiera arrojado para siempre á la sima del olvido que merecian.»

Esta importante trasformacion en la literatura, no podia menos de producir otra mas importante en las ideas y de influir en las costumbres. ¿Qué mas puede pedirse y á qué objeto tiende la verdadera filosofía? ¿Cómo hubiese logrado un resultado así, sin un fondo de verdadero y profundo filosofismo, que disfrazado con las formas de la novela lleva en su seno enseñanzas que, acaso, en otra forma no se escucharían?

Ni fué el primero Cervantes, ni será el último que ha escogitado este camino para la enseñanza de la sociedad y para la propagacion de los principios; ni es esta la época, ciertamente, en que puede ponerse en duda la influencia filosófica que ejerce la literatura sobre los ramos del saber. El espíritu caballeresco es innato en los españoles; desde la poesía elevada hasta las leyendas y las endechas populares estaban inspiradas por ese sentimiento que se hallaba en todos y que seducia á la multitud, hija entusiasta de la epopeya de siete siglos de valor y de fé, y no obstante esto Cervantes logró aquel intento que habian tenido ya, aunque inútilmente, otros poetas que como Ariosto escribian en pueblos menos entregados al sentimiento combatido.

Abrid, Señores, por cualquiera parte las obras de aquel génio inmortal; reparad en los capítulos XLII y XLIII de la II parte de la principal, del ingenioso hidalgo manchego, en los cuales no sabreis que admirar mas si la discreta locura del amo que intenta enseñar ó la sábia ignorancia del escudero que aparenta querer aprender, y decidme si no encontrais en ellos todo un curso de derecho político, todo un sistema de administracion, toda una escuela de verdadero saber. Decidme con franqueza si esos capítulos, por sí solos y sin el complemento de la obra, no valen algo mas que las obras enteras de muchos filósofos. ¿A que no cambiábais tan preciosos fragmentos de nuestro libro por el todo del imaginario *Contrato* de Rousseau? ¿A

que no cambiais, tampoco, no digo todo el *Quijote* que no tiene equivalencia con qué cambiarse, sino el humilde *Coloquio de los dos perros*, por el pretencioso *Emilio* de aquel autor, ó por la criminal *Doncella de Orleans*, de Voltaire?

Y hé aquí como sin querer hemos venido y no podíamos menos de venir á parar al segundo aspecto de los en que me he propuesto, no describiros, sino solo presentaros á Cervantes.

Hace muy pocos dias en una galería de escritores protestantes ví figurar el nombre y el retrato de este varon ilustre. ¿Cómo, me preguntaba á mí mismo, el escritor que es la gloria de la España católica; el autor de ese libro inmortal que todos los padres, no solamente dejan confiados, sino que procuran ansiosos poner en las manos de sus hijos; el que escribió las *Novelas ejemplares*, titulándolas así para distinguirlas de las que en su época solian corromper el gusto y dañar al corazón, ha de estar bien colocado en esta galería cuyo espíritu es opuesto al espíritu general de esa misma nacion que le lee entusiasta? ¿Nosotros que hemos en mas de una ocasion procurado beber en las purísimas fuentes de su diction gallarda, no habremos conocido que destilaba veneno aquella copa de oro con que nos seducia? Si cuando niños no hemos podido traslucir su espíritu escondido, como cuando le hemos leído hombres, ¿no ha chocado ese espíritu con nuestros principios creados, con nuestras meditaciones constantes, con nuestras creencias afirmadas?

El espíritu y el deseo de propaganda dió contestacion á todas estas preguntas; pero por lo mismo creemos que nos encontramos en la obligacion de con-

tradecirle, no para usurpar glorias que á otros pertenezcan, sino para evitar que otros nos usurpen glorias que verdaderamente nos correspondan.

Si esa galería á que me refiero no la hubiera visto antes de anoche, y si hubiese trascurrido mas tiempo desde que concebí el proyecto de presentaros á Cervantes bajo el punto de vista que ahora me ocupa, ¡cuánto no podria citar de sus obras inmortales! ¡Cuántos conceptos de esos que con castizo decir nos enseñan á hablar con propiedad la lengua castellana, no os pudieran servir para pensar cristianamente! ¡Cuántos de sus párrafos arrebatadores no nos servirian para demostrar su espíritu creyente y observar al númen de su génio contenido por la dulce gracia de la fét ¡Cuánto no os podria leer y cuántos pasajes no os podria recordar!

Pero en atencion á que el tiempo es corto y la oracion es larga, no es posible por hoy, por mas que no es difícil que suceda en otro dia.

Basta con recordar que segun opinion de todos sus biógrafos sufrió con resignacion humilde el triste cautiverio á que le redujeron las contrariedades de la adversa suerte; y que segun la mayor parte asegura se dedicó durante él á aconsejar y á alentar á los renegados para que volvieran á su antigua fé, dedicando las mejores horas de sus ócios y las mejores prendas de su alma sensible al ejercicio de este catequismo que no fué vano para la Iglesia á cuyo amoroso seno volvieron muchos de sus ingratos hijos. Aprovechando Cervantes la superioridad que le proporcionaban su génio y su talento, se granjeaba las voluntades de las gentes á quienes trataba, y aunque afable siempre, era humilde con el arrogante, dulce con el mal humorado, alegre con el triste, triste con el alegre, y festivo y oportuno con todos, haciéndose dueño de los corazones, predicando hasta á los mismos berberiscos las ventajas de la fé, procurando iluminar sus almas os-

curecidas por las tinieblas, y siendo, no un apóstol, pero sí un verdadero misionero.

Por eso fueron para él inútiles las falsas asechanzas de la ingrata amistad y por eso se libró de infames denuncias que pretendieron presentarle como mal cristiano y como mal español.

No podia esperarse otra cosa de aquel soldado valeroso que hallándose enfermo, y libre de servicio por consiguiente, en la *Marquesa* en aquel gran día del triunfo de la Cruz sobre las huestes turcas, se presentó en el sitio del combate y haciéndole observar sus jefes que podia continuar en la cámara de la galera, les contestó: «mas vale pelear en servicio de Dios é de su Magestad, é morir por ellos, que no bajarme so cubierta,» poco antes de recibir aquel funesto al par que venturoso arcabuzazo que le privó de la mano izquierda, pero que le dejó la que despues habia de trazar los rasgos del *D. Quijote*; «estropeamiento, que como dijo despues, no nació en ninguna taberna, sino en la mas alta ocasion que vieron los siglos.» (1)

Hidalgo de corazon, noble por nacimiento y por educacion, no recordaba su pasada prosperidad, ni sufría su actual pobreza para desfallecer por la falta de esperanza, ó para quejarse de la Providencia que con tales estrecheces le probaba, sino que recordaba su obligacion de seguir siendo esclavo de la virtud y con resignacion cristiana escribia que «al caballero pobre no le queda otro recurso para mostrar que es caballero, sino la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador.»

¡Qué dulce humildad y qué conformidad santa encontramos en estas palabras, atendidos los antecedentes de su vida y los pesares que acibararon su existencia! La virtud como lenitivo á las contrariedades del

(1) Prol. de sus obras, edic. de Riv. pág. XXX.

mundo y como medio de lograr el aprecio de los demás, nos revela las firmes creencias del justo, el menosprecio de las pasajeras y falaces prosperidades de la vida al par que el deseo de las verdaderas que la fé entrevé con consoladora esperanza, cuando dirigiéndose á Santa Teresa de Jesús dice en la siguiente estrofa:

«Ahora, pues, que al cielo te retiras
»menospreciando la inmortal riqueza
»en la inmortalidad que siempre dura,
»y el visorey de Dios nos dá certeza
»que sin enigma y sin espejo miras
»de Dios la incomparable hermosura;
»colma nuestra ventura
»oye devota y pía
»los balidos que envía
»el rebaño infinito que criaste
»cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste;
»que no porque dejaste nuestra vida,
»la caridad dejaste
»que en los cielos está mas estendida.»

Habíase hacia muchos años establecido un Tribunal para conservar la puridad de la fé y para evitar que el contacto de los católicos con gentes de opuestas creencias entibiase el amor de aquellos, ó alterase sus doctrinas y que en uso de sus atribuciones había de revisar y revisó las obras de Cervantes. Nada tendría de extraño que siendo estas varias y no pocas, que figurando en ellas diversos caracteres que tenían que hablar conforme á sus circunstancias respectivas, hubiese alguna relacion, alguna idea ó alguna palabra que, ya que no se opusiese, no estuviese enteramente conforme con las doctrinas guardadas con rigorismo constante por los Maestros ó por los Doctores.

La enemistad, la envidia, el mal deseo, ó el espíritu de rivalidad no hubieran podido menos de seña-

lar á tan riguroso censor las proposiciones que contra la fé, ó no conformes con su pureza, hicieran á las obras merecedoras de una reprobacion y á la lectura de las mismas digna de ser prohibida. Sin embargo; el Santo Tribunal no encontró nada digno de correccion, en lo cual está equivocado un historiador, y únicamente señaló como digna de ser esplicada, lo cual no es lo mismo que reprobada, una sencilla afirmacion sobre que «las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito.»

¿Qué prueba mayor podíamos encontrar de la pureza de la doctrina, del catolicismo y de la fé de nuestro celebrado escritor? Si purificadas sus publicaciones en el crisol del riguroso exámen de aquel Tribunal encargado de velar por esa misma puridad, no fueron objeto de verdadera censura y únicamente se explicaron en una parte nimia, ¿cómo hemos de considerar al Príncipe de nuestros Ingenios bien colocado en esa galería á que antes nos referíamos?

Piadoso como creyente, su nombre figuraba en la Congregacion de la Orden Tercera de San Francisco, en cuyos ejercicios no tomaban parte por moda desde los reyes y grandes señores hasta los artesanos, como ha dicho con notable imperfeccion un escritor por lo regular concienzudo, sino por devocion únicamente los que eran amantes de sus trabajosos y místicos ejercicios. ¿No corresponde la práctica de estas á la constante humildad con que Cervantes habia vivido aun fuera del trato y consorcio de sus hermanos en la fé, durante su cautiverio? Aquella resignacion con que sufrió las penalidades del calabozo, ¿no esplica perfectamente la armonía de su espíritu con el objeto, con los ritos y con las ceremonias de dicha Congregacion?

Miradle, sino, en el lecho de la muerte, á las puertas del sepulcro y cuando esperaba comparecer ante el eterno Juez, con la mayor tranquilidad; abando-

nando esta vida como quien de prestado la tiene y á su dueño la restituye; confiado en la Misericordia Divina; esperando en la fé, sin temor al juicio próximo y escribiendo á su protector el conde de Lemos: «Ayer me dieron la Extremauncion y hoy escribo esta; el tiempo es breve, las ánsias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir y quisiera yo ponerle coto, hasta besar los piés á vuestra Excelencia, que podria ser fuese tanto el contento de ver á vuestra Excelencia bueno en España, que me volviese á dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos.....»

¡Qué dichosa muerte! ¡Qué término de la vida tan conforme con la vida misma y qué tránsito tan apacible de la vida corta y deseada, á la vida perdurable que regularmente se teme!

Réstanos, Señores, fijarnos en dos circunstancias y reparar en dos coincidencias, que insignificantes, tal vez para el espíritu poco observador, son altamente elocuentes para el ánimo que medita.

Cuando Cervantes sufría los rigores de su cautiverio, cuando las prendas mismas que le adornaban, descubiertas por Dali Mamí, hacian que este aumentase las penalidades del ilustre esclavo, para aumentar así el precio de su redencion, ni los recursos de su familia, ni los olvidados deberes de su pátria, eran suficientes para romper las cadenas que sujetaban aquel cuerpo cuyo espíritu habia de dominar al mundo, y á no haber sido por la caridad de los hijos de San Juan de Mata, ni nosotros estaríamos aquí hoy, ni Cervantes hubiera vuelto á España, ni España se hubiera coronado con *D. Quijote*.

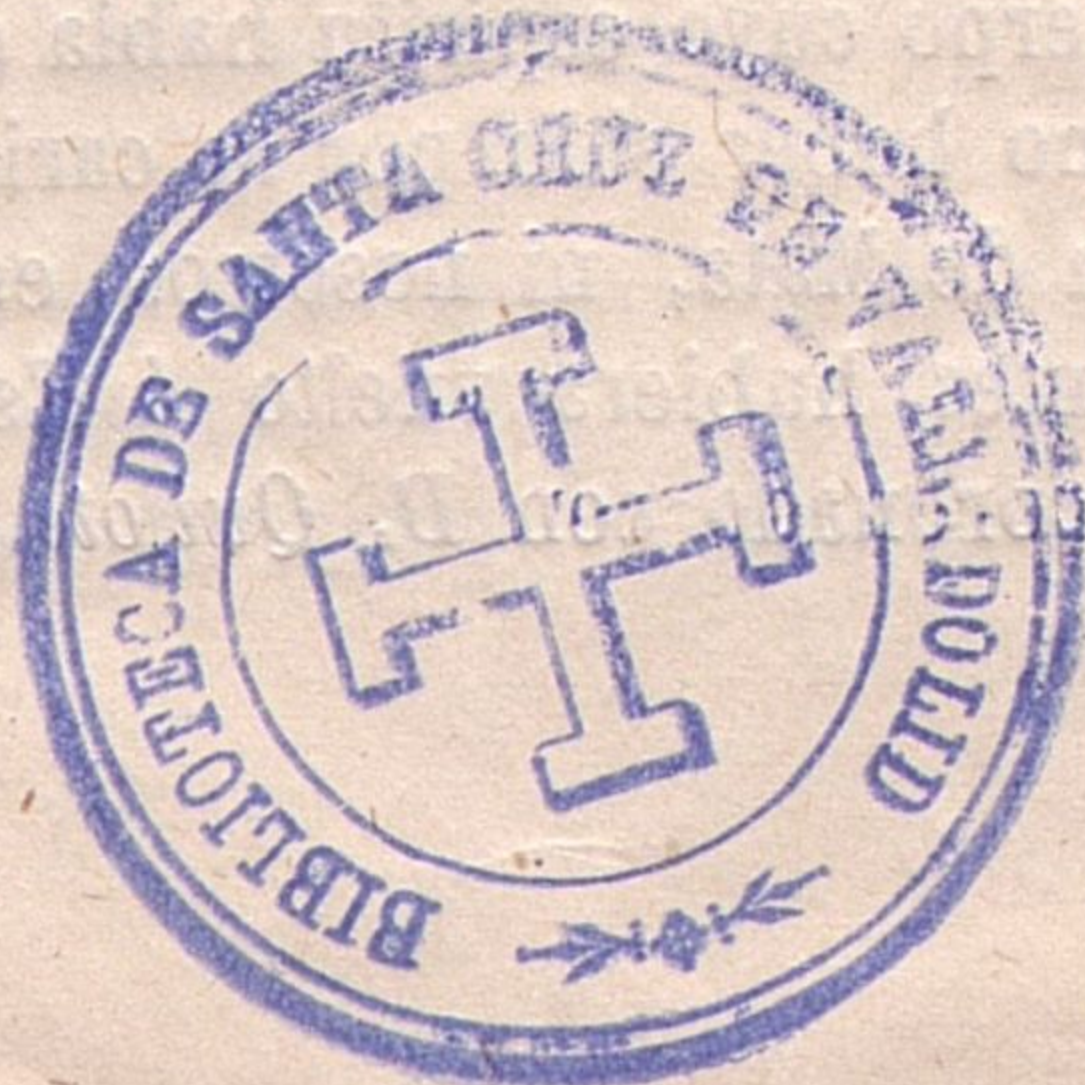
¡Bendita caridad! Pero ¡triste ingratitud!

Cuando los mas celebrados hombres de las literaturas extranjeras habian recibido de la posteridad las pruebas del reconocimiento, de la gratitud y de la veneracion; cuando en colosales estátuas, ó ricos panteones se leian los nombres del Tasso, de Milton, Dryden, Corneille, Camoens, Gilbert y Shakespeare..... descansando muchos al lado de los reyes..... ¡cuándo otros hombres medianos habian conseguido este honor, solo el Manco de Lepanto, el cautivo de Argel, el favorecido de las Musas, el autor del *Quijote*, el orgullo de nuestra literatura y de nuestra pátria, á la que honró con sus obras y por la que supo verter su sangre, carecia de un monumento que perpetuase su memoria. Madrid, añade el erudito escritor de quien tomamos estas líneas, habia de ser la primera á tributarle este testimonio de consideracion pública; pero el que en vida fué rescatado con la limosna de la redencion de cautivos, tuvo despues de su muerte que esperar se le aplicase la limosna del Indulto cuadragesimal para la ereccion de su estátua, y aun esto no se verificó hasta la época de un Comisario de Cruzada celoso por la prosperidad de las artes y las glorias nacionales.

¿No os parece, Señores, que sin este Comisario de Cruzada, Cervantes careceria de la estátua que se levanta frente al Congreso de Madrid, así como sin los Padres Trinitarios, todos careceríamos de Cervantes?

Sebastian Diez de Salcedo.

Valladolid 23 de Abril de 1876.



УВА. ВНС. ЛЕГ 16-2- н°1316

